

Una catequesis adaptada a los destinatarios

Francisco Julián Romero Galván

CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS

MÉRIDA-BADAJÓZ

RESUMEN La catequesis, en cualquiera de sus formas, demanda una adaptación a los destinatarios. La Palabra de Dios solamente podrá ser acogida y resonar en el corazón del oyente si está envuelta en un lenguaje adecuado, en unas claves culturales determinadas; si responde a la edad y circunstancias históricas de quien las escucha; si tiene en cuenta el momento espiritual en el que el catecúmeno se encuentra. El Evangelio es para todos y todos lo han de escuchar adaptado a sus circunstancias. La Iglesia tiene este principio pedagógico como clave de su acción catequizadora. Hoy en nuestro contexto social, cultural y religioso es preciso una opción clara por la catequesis de adultos posbautismal. Hacia ella tiene que adaptarse la acción eclesial, principalmente, en nuestros días.

PALABRAS CLAVE Adaptación, Palabra, lenguaje, inculturación, contenido, encarnación, diferentes edades, proceso espiritual y catequesis de adultos posbautismal.

SUMMARY *Catechesis in any of its forms requires an adaptation to its audience. The Word of God can only be received and ring in a person's heart if the Word has been proclaimed in an adequate language and through a determined cultural message. This also requires adaptation to the age of the people "in the audience" and their historical circumstances. The process must likewise take into account the catechumen's lived spiritual experience. The Gospel is for everyone, and everybody has to listen to God's Word adapted to his or her circumstances. This key pedagogical principle forms the basis of the Church's catechetical mission. In today's social, cultural and religious context, it is clear we must make a choice for baptized adults. Above all, the mission of the Church has to make this choice in our present world.*

KEYWORDS *Adaptation, Word, Language, Inculturation, Content, Incarnation, Different age groups, Spiritual process and catechesis of baptized adults.*

El ejercicio de la tarea catequética demanda con precisión solventar varias cuestiones nucleares: quién ostenta la responsabilidad de llevarla a cabo; cuál es la pedagogía que tiene que jalonar todo el proceso catecumenal; cuál

es la regla de fe que se ha de transmitir; qué fin se desea alcanzar; y quiénes son sus destinatarios. Por ello, el *Directorio General para la Catequesis*, deseando ofrecer los criterios para la tarea catequética, estructura su contenido dando orientación a cada una de estas cuestiones con el fin de clarificar lo nuclear del itinerario catequético.

El proceso espiritual que la catequesis desarrolla aspira a que el destinatario, que se encontró con Jesucristo y decidió libremente seguirle, progrese hacia la maduración de la fe y de la conversión¹. Por ello, suponemos que tanto los agentes de la catequización, como la pedagogía y las acciones eclesiales que se realizan, están al servicio del Espíritu y de los destinatarios, de su progreso espiritual (cf. RICA 5). Este dinamismo comporta la adaptación a la realidad espiritual, religiosa y humana en la que se encuentran los catequizandos o catecúmenos en cada momento del itinerario espiritual. Solamente así es posible llevarlos de la mano para que avancen y maduren, adquieran la forma de Cristo que la catequesis y la celebración van a proporcionarle².

El *Directorio General para la Catequesis* trata en su cuarta parte lo referente a los destinatarios de la catequesis y la adaptación que la Iglesia tiene que realizar con quienes avanzan en el camino espiritual para que puedan progresar debidamente (cf. DGC 163-214). Dentro de esta parte, el capítulo primero lo dedica a la adaptación al destinatario en sus aspectos generales (cf. DGC 167-170), tras subrayar que el Evangelio, y por ende la catequesis, es para todos sin excepción. Continúa el *Directorio* con un capítulo en el que aborda la catequesis por edades (cf. DGC 171-188): adultos, infancia y niñez, preadolescentes, adolescentes y jóvenes, y ancianos. En los capítulos tercero, cuarto y quinto reflexiona sobre la catequesis para situaciones especiales, mentalidades y ambientes (cf. DGC 189-192), la catequesis según el contexto socio-religioso (cf. DGC 193-201), y la catequesis según el contexto socio-cultural (cf. DGC 202-214) respectivamente.

En este estudio queremos profundizar sobre la adaptación que preconiza el *Directorio* en referencia a los destinatarios de la catequesis. Esta adaptación la consideramos clave para el avance y el progreso de los catecúmenos. Seguro

1 Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Ritual para la Iniciación cristiana de Adultos* (1972), Observaciones Previas 1. Siglas: RICA.

2 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Custodiar, alimentar y promover la memoria de Jesucristo* (21 de noviembre de 2014) 7; "En este camino, además del tiempo de instrucción y de maduración, hay "grados" o etapas, mediante las cuales el catecúmeno ha de avanzar, atravesando puertas" (RICA 6).

que una mirada a Jesucristo y a la Iglesia como su continuadora, nos permite penetrar en el genuino sentido de la adaptación que la catequesis está llamada a realizar con sus destinatarios.

I. ¿QUIÉNES SON LOS DESTINATARIOS DEL EVANGELIO?

Jesucristo manifiesta abiertamente que su persona, su mensaje y su obra es para todos los hombres de todos los tiempos: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado” (Mt 28,19-20). Todos tienen derecho a recibir la Buena Noticia³. La salvación no es patrimonio de unos pocos, es, por voluntad divina, para todos aquellos que libremente la acojan en sus corazones⁴: “Esto es bueno y agradable a los ojos de Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2,4).

En efecto, por amor y con libertad desea Dios que su salvación alcance a toda criatura como un don gratuito que sale de sus manos. Su deseo no es otro que hacer que todos los hombres puedan llegar a ser sus hijos:

Dios, que “habita una luz inaccesible” (1 Tim 6,16), quiere comunicar su propia vida divina a los hombres libremente creados por Él, para hacer de ellos, en su Hijo único, hijos adoptivos. Al revelarse a sí mismo, Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y de amarle más allá de lo que ellos serían capaces por sus propias fuerzas (CCE 52).

Ese camino pasa hoy por la Iglesia: “Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia [...] Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda” (EN 14). Efectivamente, el anuncio del Evangelio a todos es tarea encomendada por Jesucristo

3 Cf. RM 14-15 y 23; EN 49; CT 35.

4 “El Resucitado envía a los suyos a predicar el Evangelio en todo tiempo y por todas partes” (EG 19).

a su Iglesia. Y hoy la comunidad de discípulos, depositaria de la Buena Nueva (cf. EN 15), busca cómo llevar el Evangelio a los hombres de su tiempo: “En efecto, es urgente un compromiso extraordinario de evangelización para que todos puedan conocer y acoger el anuncio del Evangelio, y cada uno pueda llegar “a la madurez de la plenitud en Cristo” (Ef. 4,13)”⁵.

1. UNA MIRADA A CRISTO

Jesús fue el primer evangelizador (cf. En 6-7) y quiso que la Buena Nueva que el Padre le había confiado fuese destinada a todos, especialmente a los más necesitados (cf. Lc 4,16-21). Anuncia el mensaje divino a los niños y mayores, a los pobres y a los ricos, a los sanos y a los enfermos, a los judíos y a los paganos, a los hombres y a las mujeres, a los justos y a los pecadores (cf. DGC 163). Para Él la mayor necesidad del hombre es recibir la revelación divina, porque el hombre solamente alcanza su plenitud si acoge la verdad de Dios que le manifiesta su vocación⁶. Cuando encuentra y vive su vocación está en el verdadero camino en su existencia.

En efecto, Jesús se muestra cercano y disponible a toda persona (cf. Mc 5,21-43), se interesa por sus necesidades, por sus dudas, interrogantes... (cf. Mc 10,46-52; 12,18-27; Jn 3,1-21), se muestra compasivo con sus interlocutores (cf. Lc 7,11-17; 10,25-37), y desde la realidad de cada uno, sabe adaptarse para ofrecerle la Palabra de gracia que necesitan (cf. Mt 19,16-29; Lc 7, 36-50; 15). Sabe que el don mayor que puede entregar al hombre es desvelarle los grandes secretos de su vida, los indicativos a las grandes preguntas que se formula. El hacerse hombre le permite dialogar con los hombres para dar respuesta a sus necesidades. Así, encarnándose, Jesucristo comparte la vida de los hombres y se adapta a lo que son, a lo que entienden y a las necesidades espirituales que presentan (cf. DGC 164). Solamente así el anuncio del Evangelio puede ser sembrado y fecundar. El amor de Cristo al hombre es tan grande que se despoja de toda su grandeza divina (cf. Flp 2,6-11) para que quienes le escuchan

5 JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Laetamur Magnopere* (15 de agosto de 1997).

6 Cf. GS 12-18; “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado [...] En la misma revelación del misterio del Padre y de su amor manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (*ibid.*, 22).

puedan entender y acoger el Reino que trae de parte del Padre. Así pues, el Evangelio que el Hijo anuncia es para todos; a ellos acomoda su pedagogía; en su mundo se encarna; a todos se adapta. Después el Espíritu fecunda la misión de Cristo y la respuesta de los oyentes (cf. DGC 163).

2. UN COMPROMISO DE LA IGLESIA

La Iglesia, continuadora de la misión de Cristo, quiere ser fiel al mandato misionero de su Señor y, desde los albores del cristianismo hasta nuestros días, ha procurado ofrecer el Evangelio a todos los hombres por medio de una “inmensa variedad de modalidades de anuncio y catequesis” (cf. DGC 164). La Iglesia ejercita su ser madre fecundando a los hombres de todos los tiempos con la Palabra de Dios, gestándolos en su seno por medio de la catequesis y de la celebración litúrgica; dándoles a luz con los sacramentos de la Iniciación Cristiana; y llevándolos a la madurez en Cristo⁷.

En efecto, la Iglesia tiene que responder con solicitud maternal ante cualquier ser humano que necesite el alimento de la fe⁸, bien porque no conozca al Señor, bien porque se alejó de Él, y ante cualquier bautizado que quiera recibir una educación básica de su fe, acomodada a su situación⁹. Es decir, la Iglesia ha de trabajar para dar una enseñanza y una formación que permita iniciar una vida verdaderamente cristiana (cf. CT 14; CA 61). Por eso,

Fiel al mandato del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedos. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie (EG 23).

La Iglesia, una madre con las puertas abiertas, dispuesta a salir para llegar a las periferias humanas para depositar allí el Evangelio (EG 23).

7 Cf. F. J. ROMERO GALVÁN, “Catequesis y acompañamiento en la acción catequizadora”: *Teología y Catequesis* 131 (2015) 161-162.

8 Cf. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Catequesis de adultos. Orientaciones pastorales* (2 de diciembre de 1990) 61. Siglas: CA.

9 “Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción” (EG 14).

Este carácter universal de la salvación¹⁰ obliga a la Iglesia a descubrir las mejores formas con las que realizar el anuncio de la Buena Nueva, de la que es depositaria, con el fin de llegar en toda su integridad a los destinatarios (cf. EN 15; EG 39). Esto exige acomodación y creatividad para que el mensaje sea acogido, recibido y vivido (cf. EG 33.41). El proceso evangelizador requiere que todos avancen. Solo se avanza si se parte de la situación en la que se encuentra quien emprende el camino y se le ayuda constantemente en sus circunstancias personales y sociales a crecer en el aprendizaje de la vida cristiana. Para ello el RICA señala la necesidad de acomodarse en el proceso catecumenal al camino espiritual de los catecúmenos. En efecto, la catequesis y la celebración, que sostienen el itinerario iniciático, tienen que adaptarse a la variedad que puedan presentar los iniciandos (RICA 5).

II. ¿NUEVOS DESTINATARIOS PARA LA CATEQUESIS O NUEVA FORMA DE ADAPTARNOS A LOS DESTINATARIOS DE SIEMPRE?

Esta es una pregunta que sin duda está en los foros de la reflexión evangelizadora y catequética: ¿Son nuevos los destinatarios de la acción evangelizadora y de la catequesis? ¿Debemos seguir anunciando a Jesucristo a los mismos de siempre? ¿Podemos optar especialmente por algunos destinatarios? En cuanto a los sujetos de la evangelización y la catequesis, ¿cuál debe ser la adaptación que la comunidad debe realizar? ¿Qué sentido tiene para la Iglesia adecuar el mensaje, sin deteriorarlo ni manipularlo, a las necesidades reales de los hombres de hoy? Estas cuestiones demandan una respuesta que, aunque no se supone fácil, tenemos que ir tratando de encontrarla.

10 En referencia al carácter universal de la Iglesia queremos traer un texto del Concilio Vaticano que lo expresa de un modo acertado y que nos sirve ahora para completar nuestra reflexión: "Todos los hombres están invitados al Pueblo de Dios. Por eso este pueblo, uno y único, ha de extenderse por todo el mundo a través de todos los siglos, para que así se cumpla el designio de Dios, que en el principio creó una única naturaleza humana y decidió reunir a sus hijos dispersos [...] Este carácter de universalidad, que distingue al pueblo de Dios, es un don del mismo Señor. Gracias a este carácter, la Iglesia católica tiende siempre y eficazmente a reunir a la humanidad entera con todos sus valores bajo Cristo como Cabeza, en la unidad de su Espíritu" (LG 13).

Como venimos diciendo, el Evangelio, por voluntad divina, es patrimonio de todos. Cada hombre, en su realidad personal y en sus circunstancias, es el interlocutor de la Buena Nueva. A este respecto señala el papa Francisco:

Hoy, en ese “id” de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva “salida” misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio (EG 20).

En efecto, el papa Francisco en *Evangelii Gaudium*, texto programático de su pontificado, subraya la necesidad de que la Iglesia salga a los caminos del mundo a anunciar a Jesucristo a todos los hombres, pero deja entrever que esa salida misionera requiere un discernimiento para ver a qué personas es más prioritario realizar el anuncio. Eso sí, siendo conscientes de que todos están llamados a vivir en comunión con Jesucristo.

El mismo Cristo tuvo siempre unos preferidos a los cuales les insistía con mayor fuerza que eran destinatarios privilegiados de la Buena Noticia. Los evangelios nos hablan de su preferencia por los pobres, los enfermos, los pecadores, los sufrientes... aquellos que necesitaban una mano que les abriese al amor y a la esperanza (cf. EN 9; EG 186). La Iglesia desde los albores busca a los más pobres, los que les falta Dios, para llevarles la salvación divina (Cf. EN 13; EG 188). De la misma forma los discípulos de Cristo deben discernir hoy quiénes son los necesitados a los que es preciso anunciar preferentemente la salvación de Dios para que descubran un nuevo horizonte en sus vidas (cf. EG 49).

Para ayudarnos a ese discernimiento el *Directorio para la Catequesis* ofrece ayuda y orientación a este respecto:

La necesaria atención a las distintas y variadas situaciones de las personas impulsa a la catequesis a recorrer múltiples caminos para salir a su encuentro y adaptar el mensaje cristiano y la pedagogía de la fe a sus diversas necesidades. Así, si se considera la condición inicial de la fe, se abre el camino de la iniciación de catecúmenos y neófitos; si se

atiende al desarrollo de la fe de los bautizados, se habla de catequesis de profundización o de fundamentación para quienes todavía necesitan orientaciones esenciales. Si se considera la evolución física y psíquica de los catequizandos, se trata de la catequesis por edades. Si se tiene en cuenta, en cambio, los contextos socio-culturales, se presenta una catequesis según categorías... (DGC 165).

En efecto, el *Directorio* propone de modo muy generalizado diferentes caminos mediante los cuales la Iglesia ha de responder a las diversas realidades evangelizadoras y catequéticas con las que se encuentra. Aun así, el campo es muy vasto y creemos que es preciso volver sobre la propuesta y seguir discerniendo. Todos necesitan ser evangelizados, pero en nuestro contexto hay diversos sectores a los que es más urgente llamar a la conversión a Cristo. Esta opción la señalaremos más adelante. Ahora nos corresponde profundizar en las distintas adaptaciones que el *Directorio General para la Catequesis* propone, permitiéndonos penetrar en uno de los elementos esenciales que tiene la tarea catequética.

1. ADAPTACIÓN A LA PERSONA HISTÓRICA: EL HOMBRE DE HOY NECESITA UNA CATEQUESIS ENCARNADA

Cada ser humano vive en una realidad histórica concreta que nunca puede ser obviada u olvidada. El contexto en el que el hombre está pide situarse ante él y responder ante aquello que se le vaya presentando. La fe, la conversión, la vida espiritual, en definitiva, han de partir del contexto del destinatario y ofrecer allí la Palabra de Dios para que el oyente ilumine y afronte su vida tal cual es, al tiempo que se sitúe ante ella de modo nuevo y llegue a transformarla¹¹. Por tanto, todo creyente tiene la necesidad y el derecho de ser catequizado como “hombre histórico concreto, enraizado en una situación dada e influido por unas determinadas condiciones psicológicas, sociales, culturales y religiosas, sea o no consciente de ello” (DGC 167).

El Evangelio podrá enraizar cuando sea sembrado en la realidad histórica de quien se abre a la vida divina en el proceso de la Iniciación Cristiana. De

11 Cf. RH 13-14; EN 31; CCE 24.

esta manera, el catecúmeno o catequizando podrá estar activo, consciente y corresponsable en la catequesis ya que esta está iluminando su propia realidad y le está pidiendo una respuesta ante ella (cf. *ibid.*).

2. ADAPTACIÓN DEL CONTENIDO: LA CATEQUESIS HA DE ESTAR ENRAIZADA EN LA CULTURA DEL DESTINATARIO

La transmisión del contenido de la catequesis requiere una adaptación al modo de entender y comprender el destinatario. En efecto, para que el mensaje pueda ser acogido por su interlocutor y resuene en su interior es preciso que se exprese en un lenguaje adecuado, teniendo en cuenta la cultura del oyente (cf. EN 63; EG 68). Esto nunca debe implicar una manipulación de la Palabra depositada en la Iglesia, ni siquiera de una adaptación interesada de la misma (cf. EN 63). La tarea de la Iglesia no es otra que acomodar la Palabra a los oyentes con el propósito de ser escuchada y acogida para que el Espíritu pueda fecundarla, germinarla y desarrollarla. Este es uno de los principios de la encarnación. Estamos ante una exigencia pedagógica que la Iglesia está obligada a practicar en el anuncio de la Palabra. De esta manera expresa su maternidad eclesial entregando el alimento espiritual a sus hijos sin quitarle su fundamento y acomodándolo a las posibilidades de quienes lo recibe¹². En efecto, la Iglesia anuncia la única y verdadera Palabra que salva teniendo en cuenta la variedad de situaciones y culturas, de lenguajes (cf. DGC 169). La inculturación se convierte en un imperativo evangelizador al servicio del cual “deben inspirarse todas las iniciativas particulares, y a su servicio ha de ponerse la creatividad y originalidad del catequista” (*ibid.*)¹³.

12 El papa Francisco hace referencia a esta realidad haciendo hincapié en el anuncio a la cultura, al pensamiento y a la educación, cf. EG 132-133.

13 *Ibid.*

3. ADAPTACIÓN EN CUANTO A LAS DIVERSAS CIRCUNSTANCIAS: LA EDAD, LA VIDA ESPIRITUAL Y LAS DIFERENTES SITUACIONES DEL DESTINATARIO

El progreso espiritual de la catequesis exige la adaptación a la edad del destinatario¹⁴. La psicología del desarrollo nos indica que no puede ser anunciado el mensaje evangélico de la misma manera a un niño, a un adolescente, a un joven, a un adulto o a un anciano. El propio *Directorio*, teniendo esto en cuenta, divide por edades el itinerario de la catequesis, ofreciendo líneas de acción y criterios para cada una de ellas (cf. DGC 171-188). Los procesos catequéticos tienen muy en cuenta esta referencia, incluso se elaboran diferentes catecismos¹⁵ y otros instrumentos con el fin de responder a esta necesidad.

Por otra parte, la vida espiritual de cada uno de los destinatarios debe ser tomada en cuenta a la hora de realizar el itinerario catequético (cf. DGC 170). El mismo RICA en sus capítulos va marcando esa diferenciación (cf. nº 5). No solo quiere hacer referencia a la edad, sino a las situaciones personales y espirituales en las que se encuentra el catecúmeno. Tener esto en consideración, adaptarse al momento espiritual en el que se vive, sea al inicio del proceso, sea durante el desarrollo del mismo, es el modo más eficaz para el crecimiento del iniciando en el camino del Espíritu.

Del mismo modo, la adaptación tiene que tener siempre presente “a la persona en su totalidad y en su unidad esencial, conforme a la visión que de ella tiene la Iglesia” (DGC 171). La catequesis tiene que dar respuesta a las dudas, interrogantes, aspiraciones, inquietudes... del catequizando. En efecto, la catequesis no puede ir enfocada solamente a los elementos exteriores de una situación concreta, sino que debe tener en cuenta el mundo interior de los catecúmenos y la verdad sobre el ser humano que se le tiene que ofrecer (cf. *ibid.*). Esa adaptación permite que cada oyente acomode en su mundo interior la Palabra que se le entrega y dé respuesta a todo aquello que se suscita en su corazón¹⁶.

14 “Existen, pues, con pleno derecho catequesis diversificadas y complementarias por edades, que vienen pedidas por las necesidades y capacidades de los catequizandos” (DGC 171); Cf. CT 45.

15 Tenemos un ejemplo en los catecismos que la Conferencia Episcopal Española ha elaborado para los niños y para los adolescentes. Ellos son un instrumento para ayudar la catequesis en las diferentes edades. Para los niños el catecismo “*Jesús es el Señor*” y para los adolescentes “*Testigos del Señor*”.

16 Cf. DGC 175 que va enfocada especialmente para la catequesis de adultos.

4. CONCLUSIÓN

Una eficaz catequesis exige siempre a la Iglesia la adaptación a los destinatarios en sus diversas realidades, situaciones, circunstancias, culturas, lenguajes... La maternidad de la Iglesia lleva pareja saber el momento en el que sus hijos están, lo que necesitan en cada etapa, las exigencias a las que se les debe someter, la luz que hay que ofrecerles para que sepan iluminar sus interrogantes... Este ejercicio exigente comporta para el catequista un estilo vivo que dinamiza al catecúmeno, lo pone en el itinerario para avanzar, saltar obstáculos, vencer inercias, crecer en la conversión, ir adquiriendo la forma de Cristo en el proceso de la Iniciación Cristiana. No estamos ante un tema baladí. La catequesis debe preparar una comida para que todos puedan alimentarse y la saboreen con el fin de asimilarla sin indigestarse. Esta comida dará fuerzas y hará crecer a cada comensal.

Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad (EG 46).

III. UN DESAFÍO PASTORAL PARA NUESTRO TIEMPO: LA CATEQUESIS DE ADULTOS

En este apartado pretendemos responder a una de las cuestiones suscitadas en el inicio del segundo epígrafe. Es cierto que la catequesis ha de estar abierta a todos, que cada ser humano tiene el derecho de ser instruido por la Iglesia para alcanzar la madurez de su vida espiritual, de la vida en Cristo. Sin embargo el contexto en el que vivimos, su realidad social, cultural y religiosa está demandando una apuesta especial por la catequesis posbautismal de adultos.

1. NO PODEMOS OLVIDARNOS DE NADIE

El ardor misionero de la Iglesia se abre en los últimos tiempos a lo que hemos llamado la nueva evangelización: volver a proclamar la Buena Noticia a todos sin exclusión pero con nuevos métodos y nuevos lenguajes¹⁷. Así, el pontificado de Juan Pablo II, abierto al mundo, significó una fuerte apuesta por que la Iglesia se empeñase en anunciar el Evangelio a aquellos que no lo conocían y volver a proclamarlo en los foros y en los corazones de quienes, conociéndolo, se alejaron de Él o lo rechazaron. El Papa polaco trabajó para movilizar en ese empeño evangelizador, revitalizando el aspecto misionero de la Iglesia. Junto a Juan Pablo II, y trabajando codo a codo con él, el cardenal Ratzinger dio contenido teológico a ese nuevo camino evangelizador. Posteriormente, como sucesor de Pedro, siguió reforzando la nueva evangelización, priorizando en sus viajes y en sus escritos, volver a llevar a Jesucristo y su salvación a los que viven en los países de la vieja cultura cristiana.

Por su parte, el papa Francisco universaliza la tarea misionera hablando de una Iglesia en salida que tiene que ir hacia el lugar donde viven los hombres y ofrecerles allí el Evangelio de Jesucristo con alegría, sin miedos ni complejos (cf. EG 2). Cada creyente debe responsabilizarse en la tarea evangelizadora. La Iglesia ha de ejercitarse como madre que busca ofrecer la plenitud a todos los hombres, plenitud que solo se encuentra en el Evangelio.

Ahora bien, la tarea misionera de la Iglesia debe engendrar nuevos hijos y llevarlos a la madurez en Cristo. Por ello el empeño de la catequesis de infantes¹⁸, de niños¹⁹, de adolescentes²⁰ y de jóvenes²¹ que ya recibieron el Bautismo para que sean iniciados de modo unitario y global en la primera etapa de su desarrollo humano. En nuestro contexto eclesial constatamos un verdadero empeño en esta catequesis en todas las comunidades parroquiales y en los centros escolares con ideario católico. Muestra de ello son los catecismos de infancia y adolescencia, la organización catequética para la primera

17 Cf. J. RATZINGER, *La nueva evangelización. Conferencia pronunciada en el jubileo del año 2000 para catequistas y profesores de religión* (10 de diciembre de 2000).

18 Cf. CT 36. En el hogar los padres han de ser los catequistas de sus hijos ofreciéndoles los rudimentos de la fe y de la vida cristiana.

19 Cf. CT 37; DGC 177-180.

20 Cf. CT 38; DGC 181.

21 Cf. CT 39-40; DGC 182-185.

comunión y para la confirmación, lo mismo que múltiples acciones y actividades en favor de la evangelización de estos sectores de la comunidad cristiana.

Además, poco a poco se empieza a implantar en las diversas diócesis el catecumenado bautismal de adultos. Los que han sido agraciados con el don de la fe por medio del anuncio kerigmático solicitan a la Iglesia el aprendizaje de la vida cristiana en todos sus aspectos. La Iglesia los acompaña por medio de la catequesis y de la celebración litúrgica para que realicen un proceso espiritual, ayudándoles a madurar en la fe inicial y en la primera conversión, proceso que finaliza con la recepción de los sacramentos de la Iniciación Cristiana. El catecumenado bautismal se va consolidando en las Iglesias particulares realizándose una verdadera pastoral con quienes desean ser cristianos.

Por otra parte, las comunidades cristianas suelen realizar con mayor fuerza y de un modo cada vez mejor organizado la formación permanente para los fieles. Entre las múltiples actividades que se les ofrece están las catequesis ocasionales o especiales²². Con ellas se procura seguir alimentando la fe y la conversión de aquellos que quieren vivir su ser cristiano de modo exigente y coherente.

2. LA CATEQUESIS DE ADULTOS

Señala el *Directorio General para la Catequesis*, al hablar de los destinatarios, que es necesario atender a quienes han de desarrollar la fe de bautizados ofreciéndoles una catequesis de profundización o de fundamentación para que encuentren las orientaciones cristianas esenciales y aprendan a ser y a vivir como seguidores de Cristo (cf. DGC 165). Por otra parte, en la Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* se dice:

Una de las preocupaciones más constantes de los padres del Sínodo, impuesta con vigor y con urgencia por las experiencias que se están dando en el mundo entero: se trata del problema central de la catequesis de adultos. Esta es la forma principal de catequesis porque

22 El capítulo tercero de la cuarta parte del *Directorio para la Catequesis*, dedicada a los destinatarios, da pistas sobre algunas formas de estas catequesis especiales. Es verdad que no dice nada sobre las ocasionales a las que Juan Pablo II en *Catechesi Tradendae* se refiere (cf. CT 43-45).

está dirigida a personas que tienen las mayores responsabilidades y la capacidad de vivir el mensaje cristiano bajo su forma plenamente desarrollada (cf. CD 14; AG 14) (CT 43).

Del mismo modo la reflexión teológica nos muestra este camino:

Ante los retos de la cultura fragmentada y del pluralismo, es necesario formar cristianos que tengan una idea clara de su identidad, de lo que realmente significa ser cristiano hoy para ser capaces de vivir en la pluralidad y en la tolerancia (DGC 199), logrando una identidad cristiana bien definida y bien estructurada²³.

En efecto, la realidad social y cultural en la que vivimos, imbuida toda ella de secularismo, donde lo cristiano es denostado o convertido en un residuo, plantea a la catequesis un reto. Este ambiente demanda instituir la catequesis posbautismal de aquellos adultos que buscan la fe, se la plantean de nuevo, precisan una profundización en su ser cristiano que no tuvieron en otras etapas de su existencia²⁴... para que hagan un proceso espiritual donde puedan, por medio de la catequesis y de las celebraciones litúrgicas, madurar su fe y crecer en la conversión para que su vida vaya adquiriendo la forma de Cristo. Esta catequesis de adultos no solo posibilitará el crecimiento en el aprendizaje cristiano, proporcionará la experiencia de fe necesaria para situarse en el mundo y ser testigo del resucitado. Además, este itinerario ayudará a los catequizandos a dar razón de la esperanza y a integrarse en la comunidad cristiana.

La catequesis de adultos debe identificar claramente los rasgos propios del cristiano adulto en la fe, traducir esos rasgos en objetivos y contenidos, determinar algunas constantes en la exposición, establecer las indicaciones metodológicas más eficaces y escoger formas y modelos apropiados. De este modo, el adulto adquirirá esa sabiduría cristiana que da sentido, unidad y esperanza a las múltiples experiencias de su vida social, personal y espiritual²⁵.

23 L. DIUMENGE, "Catequesis según el contexto socio religioso", en: ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CATEQUETAS, *Comentario al Directorio General para la Catequesis* (Madrid 2005) 231.

24 Cf. CT 44; CA 59.

25 Cf. DGC 173-174; J. C. CARVAJAL BLANCO, "La catequesis de los adultos", en: ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CATEQUETAS, *Comentario al Directorio General para la Catequesis*, 204.

En efecto, esta catequesis ha de pivotar en torno a la propuesta significativa de la fe, de modo que se configure cristianamente la vida del adulto (cf. DGC 205). Es en la edad adulta donde se realizan las opciones fundamentales, el momento en el que se asume la responsabilidad en el mundo en el que se vive e incluso en la Iglesia... Estas razones exigen que cada comunidad cristiana establezca la catequesis de adulto como una necesidad.

Creemos, por tanto, que de toda la oferta catequizadora de la Iglesia, la catequesis de adultos debe ser la opción prioritaria en este momento, entre otras cosas porque es la forma principal de catequesis posbautismal, a la cual todas las demás formas deben ordenarse (cf. DGC 20) y porque en tiempos de Iglesia en salida (cf. EG 46-49) la acción debe gravitar en torno a los adultos (cf. CA 61).

Los destinatarios a los que se les debe ofrecer la catequesis de adultos, entre otros, podrían ser los siguientes:

– *Los miembros de las hermandades y cofradías* cercanos a la vida eclesial son candidatos a realizar un proceso de maduración de su fe. La religiosidad popular es una fuente importante de la que se tiene que alimentar la catequesis de adultos (cf. EG 122). Experiencias catequéticas con hermanos cofrades alientan a la Iglesia a no descuidar este campo de acción pastoral y tomarse muy en serio a este colectivo como destinatarios para el catecuminado posbautismal.

En la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar: sería desconocer la obra del Espíritu Santo. Más bien estamos llamados a alentarla y fortalecerla para profundizar el proceso de inculturación que es una realidad nunca acabada. Las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización (EG 126).

– *Las parejas de novios que piden el sacramento del Matrimonio.* Estos momentos son singulares para acoger con receptividad la oferta catequética. Las parejas que quieren casarse por la Iglesia presentan hoy una inquietud, en la mayoría de los casos, que no se puede ahogar, sino que hay que fomentarla

y acrecentarla. El Señor se vale de todos estos medios para hacerse presente en la vida del hombre e invitarlos a la vida de comunión con Él.

– *Los padres que solicitan el Bautismo para sus hijos.* Es este otro momento privilegiado en el que la familia se acerca a la Iglesia y busca en ella ofrecer a su hijo el don del Bautismo. Es tiempo para despertar en los padres la fe que recibieron en su Bautismo y ofrecer el camino para vivir lo que aquel don les otorgó.

– *Los padres y los abuelos que acompañan a sus hijos o nietos en el proceso catequético* para la primera comunión o para la confirmación. La Iglesia tiene que acompañar a las familias a despertar la fe que está siendo afianzada en sus hijos por medio de la catequesis. Los progenitores de los niños o adolescentes son unos candidatos ideales para la catequesis de adultos.

– *Aquellos fieles que no han completado su Iniciación Cristiana*, bien porque no han recibido por primera vez el Cuerpo de Cristo, bien porque no han recibido el Espíritu Santo en el sacramento de la Confirmación. Muchos adultos están motivados para recibir estos Sacramentos y es una ocasión propicia para ayudarles a hacer el proceso catequético.

– *Cuanto se alejaron de la fe* o se descuidaron en sus prácticas religiosas y, por determinadas experiencias vitales, desean retomar a su vida cristiana y buscar el camino que les haga aprender a ser y a vivir como discípulos de Cristo.

Todos estos grupos buscan, a veces sin saberlo, a Cristo y la comunidad de fieles se lo debe ofrecer. La catequesis de adultos es un camino privilegiado para responder a las necesidades de tantos hombres y mujeres que buscan a Dios deseando en lo profundo de su corazón vivir como discípulo de Cristo.